

Casa de ánimas

Mar de los Ríos

Casa de ánimas 1º edición 2015

© Mar de los Ríos

www.mardelosrios.es

ISBN:

Depósito Legal: AL-00044-2013

Diseño cubierta: *Artichoke*

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Fragmento del prólogo de la novela: LA ABADÍA DE NORTHANGER.
Jane Austen, 1818.

“Este pequeño libro se concluyó en 1803 con la intención de que se publicase de inmediato. Se envió a un librero e incluso llegó a anunciarse su próxima aparición, pero ahí quedo todo sin que esta autora haya llegado nunca a saber porqué. Resulta sorprendente que un librero considere que valía la pena comprar lo que no consideraba que valiese la pena publicar.

No obstante, eso tampoco importa mucho a la autora y al lector...”

Hay un pueblo que palpita bajo este pueblo.

Rezuma entre los estratos.

Susurra sobre los llamadores de las puertas más vetustas.

Rezos lejanos musitan desde los cimientos del antiguo templo.

Un pueblo cosido a un río.

Vigía petrificado en la boca de un desfiladero.

Nombrado taha antes que villa.

Impertérrito durante mil años.

Ahora, que las leguas están hechas de pies sangrantes y herraduras
gastadas...

... **Ahora**, mientras crepita el siglo de las luces...

...y no se tiene apenas razón sobre lo que acontece fuera...

... **Casa de ánimas** es el corazón...

...Por ella han de pasar todas... de alguna manera...

I. DEL ÚLTIMO DÍA EN LA SIERRA

La angustia y la premura son sus piernas y sus brazos; les guían para desplazarse por la sierra del Montenegro como sólo saben las criaturas que la habitan. Nunca camina, trota esperando en cualquier instante echar a correr. Su estado natural es el de la huida. Además, ahora siente una fatiga en la barriga como si la llevara cargada de piedras. Y no precisamente por haber comido. Más quisiera, es la comezón que le produce un nuevo encuentro. Ya está llegando a la fuente del Alamillo. Eulalia tiene que andar media legua con el cántaro vacío para llenarlo. La ida es pesada, pero la vuelta se convierte en una dura promesa para una niña de once años con cuerpo de siete. El agua procede del Galayo, el pico más alto de aquellas montañas, que cae a la pila como para helar la sangre, según corresponde a los primeros deshielos. No obstante, soporta mejor la nieve derretida que cortan sus trabajadas manecillas, que su temor por tropezarse con alguien cerca de aquel manantial.

No recuerda el día en que llenar el cántaro que necesitan a diario se convirtiera en su faena. Nadie mejor que ella es capaz de valorar cuánto cuesta cada gota de ese recipiente que está pagando con su magullado esqueleto de niña vieja. Su madre, bastante tiene con buscar algo con que llenar la olla y cuidar de sus hermanas y del tontico, mientras capean el veneno de su padre cuando asoma por aquellos oscuros cerros. Los paréntesis en los que descansan del

despotismo desbarrado del cabeza de familia, se dedican a recomponer los destrozos. Él a acopiar aguardiente. Con las migajas que consigue vendiendo cestas elaboradas con su desaprovechada pericia, alimenta la inercia de seguir arrastrándose por los pueblos cercanos, macerando el tiempo. Malviven de lo que su hermano Toño gana aquí o allá ayudando a su tío Perico con las obras, o echando la poca mano de jornalero de lo que sea, que necesita la exigua huerta que se esconde por aquellas sierras, asumiendo cualquier trabajo donde le puedan pagar una perrilla, o darle un *puñao* de harina de panizo. El zagal tiene diecisiete años y llevará diez o doce, llevándose todos los envites, mientras se mantiene en pie y con ello a su casta. Hasta que la hermana mayor se fuera con el pastor, el otoño pasado, eran ocho bocas a la mesa cada jornada y algunos días no tienen ni un mendrugo de pan que mojar en agua.

Desde hace varios inviernos, el Toño y la Eulalica se pegaron a diario en casa del tío Perico, aunque intenten no dejar morir al resto de pura hambre y sed. Pero intentando verlos lo justo; les ahogan con su lodazal. Y porque la mujer de su tío ha ayudado a su madre, la Gabriela, a echar a perder dos barrigas de tres faltas los últimos dos inviernos. En cuanto se percata de que está preñada, va llorando a casa de su hermano a decirle que le de cal viva para quemarse, que ella se quiere matar antes de parir otro hijo que le haga jirones los pezones; que hasta parece que la naturaleza se hubiera puesto en su contra, cuando tuvo que sacar adelante, sobre todo a sus dos últimas.

La Antonia, la que vive al final de la cuesta de la Balsica Blanca, tiene una cabra. Gracias que le quiso dar por caridad de madre dos cuartillas diarias cuando nació la Presen. Ya le había amamantado a la Angustias, la otra con la que se llevaba un año justo. Fue entonces cuando a la vecina le coincidió con la crianza de su Manuel y durante los primeros meses, repartía los pechos entre las dos criaturas. Y mira que le calentó la cabeza a la Gabriela, mientras ella miraba llorando sus orondos cantaros, para que bajara al pueblo y hablara con el padre Bernardo, a ver si le daba alguna solución cristiana sobre qué hacer con su hombre o le orientaba sobre santos milagrosos a los que encomendarse todas las noches, mientras el dolor de tripas no le

dejara dormir. Pero la Gabriela decía con la mirada perdida, que los curas no le iban a arreglar a ella nada; que la vida era aguantar hasta que las borracheras los separaran: o le reventaran los hígados a él o le reventaran a ella, a cada cual por su motivo. Ya decían las viejas del lugar, que lo más importante era aprender a ponerse debajo soportando el chaparrón muy quieta. Mientras, ella se hacía sangre en los labios de puro asco.

Lo más parecido a la familia que conociera la niña Eulalia era lo que le venía de casa de su tío Perico. Y su Toño. El primero la dejaba sentarse al calor del fuego y compartir lo poco caliente que hirviera en la olla cada noche. Su hermano caminaba y caminaba como lobo hambriento por aquellas sierras en busca de la nada. Cuando estaban juntos le dejaba correr a su lado, mientras él articulaba sus largas zancadas. Y a veces le contaba cosas. Aunque cada vez lo veía menos.

Y hoy, algo ha cambiado. Sabe que mañana partirá con el molinero y que alguien la llevará con unas monjas en busca de no sé qué, por culpa de un incendio. Su tía Frasca se lo acaba de decir:

-Mira, Eulalica: ya es hora de que te encarriles. En tu casa sois muchas bocas y hay que buscarse las gachas. Tu madre quiere mandarte a servir a casa de unos señoricos del pueblo. Pero yo sé por experiencia que esos te van a sacar las asaduras de por vida, a cambio de un plato de sobras y un *puñao* de farfollas donde dormir. Eso, si no tienes la mala suerte de que alguno te haga una barriga antes de cumplir los quince y entonces no te quede otra que convertirte en una *desgraciá* sin *remediaero*. ¡Ay niña! no pongas esa cara. Ya sé que *to* esto que te digo te suena raro, pero haz caso a tu tía Frasquita ¿Tú te fías de mí? Pues entonces verás: como desde que eras un comino siempre has estado *pegá* a tu Toño y al tío Perico con las chapuzas de los repellos, quizá sirvas de ayuda en otro sitio. Le hablé de ti a la hermana Adoración, una monja de un convento de Granada que es del pueblo y que pasa aquí temporadas todos los años. Coincidí con ella en el molino hace unos días. Me comentó que quizá podrían hacerte un hueco *pa* servir con las Carmelitas, si es que de verdad vales... Si te

admiten, allí no vas a estar de brazos *crzaos*, eso tenlo por seguro. Tendrás que trabajar también de sol a sol, pero te enseñarán muchas otras cosas que harán de ti una mujer de provecho. Además, que por el convento no va más hombre que el fraile que las confiesa, por lo que no tendrás que preocuparte de ninguna bestia que te quiera joder la vida. Y cuando seas *mocica rematá*, dentro de tres o cuatro años, entonces ya pensarán ellas qué hacer contigo.

-Yo no quiero ser monja, *chacha* Frasquita. No sé rezar.

-¡Y yo no te he dicho que tengas que serlo, alma cántaro! Te estoy diciendo, que allí estarás segura de demonios que intenten *jincarte* el diente. Que yo sé lo que me digo, niña. Y además, si de paso ellas te ayudan con lo otro...

-¿Se lo has dicho?

-Algo le he tenido que decir, Eulalia, si no, de qué van a querer una boca más con la cantidad de criaturas que les piden lo mismo... Pero no te apures, que la hermana Adoración dice que eso, lo más seguro es que sea del mal comer y que a lo mejor lo que te conviene es cambiar de aires. También dice, que si tienes buena disposición, eso es un empezar, que después ya se verá.

-¡Pero Toño me dijo que me llevaría con él! ¡Yo tengo que esperarlo, volverá a por mí!

-Toño, Toño. ¡Olvídate de ese demonio! Se ha ido y ya está. Tanto mejor para él y para los que nos quedamos. A ese muchacho estas peñas ya se le habían *quedao* chicas. Ha hecho lo que le conviene, buscarse la vida por alguna villa de categoría que le dé algo más que alcaparras. Eso si no lo meten en algún presidio si se le ocurre decir la edad que tiene y alguien hile que ha huido de las quintas de Milicias.

-¡Toño es *mu* bueno! ¡No digas que es un demonio porque si él lo es, yo también; y si a él lo meten en la cárcel yo me iré con él!

-¡Niña, (zarandeándola) despierta! Nadie va a volver. Si es *espabilao* no pisará esta *cortijá pa los restos*, y si sigue siendo tan

bocazas como hasta los diecisiete, seguramente lo prendan por cualquier cosa. Vete tú a saber cómo se las gastan por las llanuras... Eulalia, la vida es *mu* dura y más que se puede poner... por eso es que tienes que escucharme... Yo no estoy buena, soy mucho más vieja que la edad que tengo por esta vida perra que nos ha *tocao* vivir. Si yo tuviera veinte años, me iría *verea* abajo buscando no sé qué, pero algo que no fueran cardos *pa* acompañar a las sopas de pan duro. No es posible que esta vida sea la única que se *puea* vivir, no es posible... tiene que haber más, Eulalia. Tú no me entiendes, pero si tu tía Frasca te dijera un día que hay un incendio y te pidiera que corrieras bajando el Peñón de la Herradura, siguiendo la *Cañá* de los Arquillos *pa* sálvate, ¿tú me harías caso? Pues eso es lo que te estoy diciendo. El día que desaparecemos tu tío y yo: ¿quién va a mirar por ti? Qué quieres: ¿quedarte aquí recogiendo leña para la sopa de hierbajos, mientras cuidas de tus hemanillas? Porque eso es lo que te espera, Eulalica; eso o cargar como una mula con las tareas en una casa grande en el pueblo, siendo tu vida igual de miserable o más que ahora.

-Yo lo que quiero es irme con mi Toño. ¿Por qué se ha ido sin mí?

-Porque tiene que buscarse la vida; porque tu tío le ha dicho también que corra. Tú no ves el incendio, pero esto arde, Eulalica. De todas maneras yo no sé que será del Toño, tienes que olvidarte por ahora de él. Yo lo único que sé, es que cuando nos cruzamos con alguna caballeriza de forasteros por la *verea* del río, hacen cruces cuando saben con lo poco que aquí matamos el hambre. Yo creo que se pasan de encontrarse gente por estos riscos. Algo bueno habrá por los llanos. Tu hermano lo vio *mu* rápido. Decía que no sólo se iba a vivir a un sitio mejor huyendo del *servicio*, sino que se iba a cambiar el mundo y a darle la vuelta como a una calceta. Ya sabes cómo traía los pies de *ensangrentaos* de andar todos los días de villa en villa buscando un jornal que echarse a las espaldas, y cuántas de esas caminatas sólo le servían *pa* sentir por la noche las tripas vacías con más ruido que cuando se fue de *madrugá*. El infeliz decía que buscaría algún sitio donde, como poco, pudiera comer pan tierno de vez en cuando; a Las Indias contaba que llegaría nadando si hacía falta. Pero si de algo estoy segura, es de que a la única persona del mundo a la

que aprecia ese diablo es a ti y haya tomado la senda que haya tomado, ha tenido sesera *pa* entender, que llevarte con él sólo hubiese ido en tu contra. (Por primera vez en su vida coge la cara de la niña en señal de afecto). Una niña que ni es niña, ni es mujer, sirve *pa* poco, no es lo mismo que un muchacho. Un muchacho, al menos es libre *pa* moverse y, *en estando* robusto, puede brincar hasta apedrear una liebre... Pero, una medio zagala, *esmirriá* como tú, ¿qué?, ¿adónde va?

-Tú me dices *to* eso para que me vaya y no lo espere. Pero sé que volverá a por mí cuando encuentre un trabajo en alguna capital, me lo dijo muchas veces.

-Mira, Eulalia: yo ya voy *pa* vieja *chocha* que no sabe más que del puchero y de acarrear agua del Alamillo. Mala tierra y mala época nos vio nacer. Pero si las monjas esas te ofrecen salir de aquí y aprender algo, a la vez que le metes en la barriga otra cosa que no sea hierbajos *hervíos*, amárrate fuerte a eso porque poco más va a llegarte por los caminos de cabras que atraviesan estos cerros del Montenegro. Yo te prometo que si vuelve el Toño, le digo dónde estás para que vaya a buscarte. Es más, cuando baje el tío Perico la semana que viene a comprar cal al pueblo, a ver si se entera de alguien que sepa de él. ¿Qué me dices, churretosa?

Y allí está otra vez... la señora. Hoy sentada en la peña, sobre el sendero que le lleva a la fuente, que queda lo menos a cinco cuerpos por encima de su cabeza. Viste como siempre, calzones pegados y una gran blusa blanca con muchos rizos, que no parece de su hechura. Sus cabellos oscuros van recogidos con una cinta roja que le cuelga por delante. Calza una especie de botines finos color hierba, que hoy aletea con gracia.

Las veces anteriores percibió su presencia en el camino con señales muy sutiles. Un crujir de hojas secas y un perfume a flores intenso: la primera vez; una cara que se asomaba desde la peña con el cuerpo supuestamente tumbado en la roca, mirando su paso procesional con el cántaro, la segunda; un avistarla de lejos de pie y desaparecer cuando se acercara, la tercera... Y hoy parece juguetona, descarada, impaciente.

Pasa rápido con su cántaro vacío, casi con los ojos cerrados y mascullando medias oraciones inconexas. No le dice nada. A la vuelta, la pobre Eulalia para cada diez pasos y, en una de esas, queda sin darse cuenta bajo la roca. Entonces su corazón se sobresalta cuando un susurro perfectamente dirigido le atraviesa:

-Pesa el cántaro...

-Mira hacia arriba- Sí, señora, pesa.

-¿Te gusta acarrear agua y buscar leña cada día, Eulalia?

-No, señora, no me gusta. Estoy muy cansada y me duele el lomo y los brazos de tanto cargar. ¿Cómo sabe mi nombre?

-Yo vengo mucho por aquí. Algunos días te veo con tu hermano. Él te ayuda y él te nombra.

-Es verdad, a veces vengo con mi Toño.

-A veces te habla de ir más allá a recorrer mundo.

-A veces... Pero ya no vendrá más. Ayer se fue sin mí, sin despedirse siquiera.

-Ve tú también. - Habla con despreocupación y jugueteando permanentemente con las flores que quedan a su alcance. - Sabrás trabajar entre muros y maderas. Tienes buenas manos y eres voluntariosa.

-¿Cómo sabe de mis manos?

-Hablas mucho sola, ¿no te has dado cuenta?

-Puede ser...

Deja de arrancar hierba y dando un salto descomunal, parece que hubiera volado, se le planta delante mirándole fijamente a sus ojos. Es un poco más alta que ella. Le sonrío con los ojos, sin llegar a enseñar los dientes:

-Bajo las bóvedas está tu camino hacia otra fuente. Eulalia: deja el cántaro en el suelo. HAY UN INCENDIO. ¡CORRE!

Y la niña hace añicos a su compañero de fatigas. Solamente le da tiempo a mirar hacia atrás y ver que, efectivamente, la montaña arde bajo sus pies. Como alma que lleva el diablo, desciende campo a través, dejándose entre las zarzas jirones de pánico y piel. No sabe calcular cuánto rato llevará desbocada montaña abajo. Antes de caer desfallecida, se concede la licencia de pensar en que quizá ya debe de haberse alejado lo suficiente como para no temer. Se atreve a parar antes de caer exhausta. Mira desde abajo hacia los cerros: ni rastro de humo.

Está anocheciendo. Eso será. La poca luz no deja ver lo que hace un rato era una realidad abrasadora en un pliegue de las montañas que, ahora, se funde en el nombre de aquella sierra. Las moreras, los salaos, los chopos, los algarrobos... deberían ser cenizas. Su atropellado periplo no le ha dejado percatarse que atrás quedó... su todo. Le ha cundido bajar hasta el río Alboloduy a toda velocidad...

Una vez llegado a la garganta del agua, sigue la senda del cauce. Trota hacia donde siempre le dijo su tío que estaba el pueblo. Parece estar escuchándole: *En la parte más estrecha del desfiladero, a un lado aparece el Peñón de la Reina y al otro, el que se encuentra sobre su cabeza, el Peñón del Moro.*

¿Por qué dice siempre el tío Perico que nosotros somos moriscos y que por eso sabemos tanto de argamasas y de penurias? Un poco más y habrá llegado a la entrada del pueblo. Huele a lumbre... y a puchero...

Es la primera vez que ve más de tres casas juntas. A pesar de haber ayudado en las labores de repello en los cortijos de la sierra, cambiando cañizos en los techos y remozando con cal y arena los aparejos, nunca había pisado la villa. Se para. Casi es noche cerrada cuando ve la puerta de la primera construcción que queda orillada a la senda por la que viene. Parece un molino. Avanza por la primera calle que se abre bajo sus pies. Deja de sentir la compañía siseante de las

cañas. Tierra compactada arropa sus pies descalzos. Acomete los últimos pasos antes de detenerse, atraída como un mosquito hacia un candil prendido que alumbra una puerta. Se vuelve en redondo a sus espaldas, temerosa de que el rugir de la corriente de pronto se convierta en amenaza velada. Nadie. Oscuridad y frío. Y no sabe qué hacer. Dar la vuelta... pero, adónde... La cortina de la noche ya está corrida definitivamente y no podría referenciar, al menos con un dedo, de dónde viene...

-¡Agua va!-Y a su lado cae un lodazal apestoso que le hace gritar de espanto. -¿Quién vive? Criatura, -le dice cuando se identifica - cualquier diría que has visto al diablo. ¿Tú eres la niña del Montenegro? ¿La del Canastero? ¡Pero si eres una pimienta! ¿No tenías once años?... Yo te esperaba mañana con el Molinero. Soy María la Chumbera, la de la *posá*... ¿Qué te ha pasado? ¿Un incendio en el monte, dices? Pues mi Teofilo ha estado cazando por donde tu *cortijá* esta tarde y no me ha *mentao na* de fuego... Anda, pasa, pasa, que te vas a morir de tiritona. Téplate. Ya se ha acabado todo eso *pa* ti. Siéntate aquí junto al fuego. Necesitas echar algo al cuerpo. ¿Sabes lo que es el chorizo? No conozco a nadie que le haga ascos a mis chorizos. Toma, comételo con este *peacico* pan, no te vaya a caer mal en esa *milindre* de panza que *ties* que tener.

Oler a embutido por primera vez y enamorarse de su aroma, es todo uno. Nunca pudo sospechar que existiera una cosa tan... tan espectacular para los sentidos. Sí que tenía razón el Toño y la tía Frasca. Había otros sitios donde se podía comer. Si el efluvio su pudiese meter en una saca y alguien lo hubiese volcado a sus pies a la puerta del cortijo, simplemente se hubiera *escapao* antes en busca de aquello que emanaba gloria.

Menos mal que la señora me avisó del incendio...

-Mi Teofilo ha preguntado por *tol* pueblo y nadie sabe de ningún fuego. Eulalia, ¿no serán imaginaciones tuyas?

-No. Yo lo vi con estos ojos.

-Deja en paz a la chiquilla y dale otro chusco de pan, mujer (interviene el marido de María la Chumbera), que de seguro que estas criaturas del Canastero ven lo traspuesto de hambre que pasan, sin *na* que llevarse al estómago. Pero tú no sufras más, Eulalia, que con las Carmelitas vas a estar *mu* bien. No es que vayas a comer pan con chorizo *to* los días, eso vete haciendo el cuerpo. Pero algo más que cerrajos flotando en agua sucia seguro que sí.

Golpean a la puerta con insistencia.

-¡Teófilo, María! ¡Abrid!

-¿Qué pasa, Felisa?

-¡Ay, María! Pasa lo que tenía que pasar. Dicen que en la taberna de la calle Duque está Miguel el Canastero de la sierra, el del Montenegro. Me han dicho de buena tinta que está contando a voz en grito, que esta tarde le ha *pegao* fuego a su casa con su mujer y sus hijos dentro.